

Los libros de los otros
Correspondencia (1947-1981)

Italo Calvino

Edición de Giovanni Tesio

Traducción del italiano de
Aurora Bernárdez

 Siruela

Biblioteca Calvino

Índice

Nota	9
Carlo Fruttero	
Nota a la edición italiana original	13
Giovanni Tesio	
Los libros de los otros	17
<i>Índice de cartas</i>	367
<i>Índice onomástico</i>	372

Nota

En buena hora vengo a darme cuenta de que, en la práctica, de Calvino editor, como lo llamaríamos hoy para disgusto suyo, no recuerdo nada: ni un juicio, ni una divergencia, ni una condena inapelable, ni una sola propuesta. Así que yo también leeré este libro para enterarme. Pero entre 1953 y 1961 puedo decir que lo vi todos los días, durante un par de años compartí con él uno de los despachos de la editorial Einaudi en Via Biancamano en Turín, y de aquella convivencia me quedaron algunas impresiones, más afectuosas que importantes.

Teníamos historias diferentes, la mía más digna de omisión que otra cosa; yo no había sido partisano, no estaba inscrito en el Partido Comunista Italiano, nunca había conocido a Pavese, el *Politecnico* me había importado poco, trataba de «usted» a Giulio Einaudi a quien veía como a un «patrón» que estaba lejos de ser instantáneamente simpático pero que era bastante tolerante con los horarios de trabajo.

Sombra rubiogrís en el corredor, saludaba mediante una módica dislocación del hombro, ruborizándose. Calvino, que también lo llamaba «el patrón», era uno de sus íntimos, lo frecuentaba fuera de la oficina, con él viajaba y discutía los destinos de la editorial. De aquellos conciliábulos me contaba muy poco, fuera del preocupado estribillo: «Estamos con el agua al cuello. No tenemos un céntimo».

A los céntimos personales ninguno de nosotros les atribuía mucha importancia. Se daba por descontado que el nuestro no podía ser un oficio rentable y más aún, parecía milagroso poder ganarse la vida trabajando en algo tan precario como la literatura. Calvino ganaba más que yo y una vez, inesperadamente, me ofreció dinero para ir a Londres a ver no recuerdo qué espectáculo beckettiano que me interesaba. «Guay con no darse esos gustos», proclamó con severo hedonismo.

No lo aproveché, pero aquel gesto de concreta camaradería me pareció más notable que cualquier consonancia o divergencia relativa a György Lukács. Lo interpreté como una invitación a llamar a su puerta en caso de necesidad, y al fin y al cabo no veo un modo más simple de definir la amistad.

Todos sabíamos cómo era Calvino: totalmente negado para la conversación, si con esta palabra se entiende la capacidad de hablar con desenvoltura de la lluvia y el buen tiempo. Del siglo XVIII y de su prosa, que admiraba, no había asimilado ninguna de las elegancias mundanas. Desmañado, tímido por no decir torpe, a veces casi tartamudo (aunque, muy en el fondo, fuese puro teatro) inspiraba en los circunstantes un fuerte sentimiento de protección, de ilimitada indulgencia. Las relaciones con los autores italianos publicados por la editorial le tocaban en gran parte a él, que se ocupaba además de la oficina de prensa, y de vez en cuando recurría a mi consabida frivolidad para que lo ayudara en un almuerzo o una cena. «Ven tú también, a este no tengo nada que decirle.» Y en el restaurante se quedaba en silencio durante dos horas, haciendo su papel con algún vago gorgoteo, un «ya, ya» bien dispuesto pero siempre a destiempo.

Ello le ganó fama de personaje altanero, despectivo, o bien huraño, cerrado. Pero en el hábitat de la editorial su comportamiento era diferente. Hubiera sido un verdadero caso de esquizofrenia a la Jekyll y Hyde si la vivacidad, el talento, el genio cómico tan presentes en el escritor, hubiesen estado totalmente ausentes del hombre. Calvino era un colega muy ingenioso, muy divertido, pronto a partir de un elemento cualquiera para bordar alrededor fantásticas extrapolaciones, juegos de palabras, paradojas. Tampoco desdeñaba las salidas oficinescas:

«Aquí están nuestras laboriosas abejas», decía desde la puerta a las secretarias. Que gañían felices en sus delantales multicolores y aceptaban después sus rudas impacencias y sus violentas broncas sin creerle del todo.

De su labor en la editorial recuerdo bien el tono. Terminaba de leer una serie de pruebas, de escribir una solapa, una carta, y las cejas se le aflojaban. Se soltaban en un suspirante parpadeo: «¡Uf, otra cosa que me he quitado de encima!». Un redactor diligente. Y también un decidido opositor a ciertos libros, a ciertos nombres, en las reuniones de los miércoles. Le salía una voz primero tajante, después cada vez más perentoria y colérica, hasta ahogarse de indignación. Como partidario convencido era en cambio moderado, seco, apenas abierto a la discusión. Escondía la indiferencia por algunas disciplinas y empresas tras un respeto boquiabierto por los expertos que se ocupaban de ellas: «¡Ah, ah, de veras, diablos!», y cándidamente se retraía. Del compañero y compinche de la «célula» de la editorial nunca supe nada, salvo cuando intentó, en verdad blandamente, meterme en el Partido, rindiéndose en seguida ante mis fatuas objeciones (yo no me veía desfilando en el carro alegórico el 1 de mayo).

Calvino se adhería a este papel de trabajador con indefensa seriedad, con pleno entusiasmo, pero encontrando siempre la manera de dejar tras de sí una estela de imperceptibles desmentidos. Bastaba una pausa, un mínimo retraso en volver a la discusión, una excesiva ostentación de celo, una carrera hasta el teléfono, y volvía la duda. En el fondo era teatro, ¿o no?

Yo diría que ese margen de irónica ambigüedad es el que bordea todas sus páginas y que en aquellos tiempos algunos desaprobaban por travieso, irresponsable. Pero a mí me parece que tanto empeño en el trabajo editorial hubiese tenido menos valor si no se supiera y sintiera que Calvino no estaba «del todo presente» como nunca está «del todo presente» cuando, más o menos cerrado con Joseph Conrad el horizonte plausible de la pasión y la aventura, a Calvino escritor no le queda sino lanzar su apasionada carga inventiva por vectores indirectos, entre espejos, alusiones, simulaciones, rebotes parabólicos. Había visto en seguida (no por nada se es inteligente) que solo detrás de la pantalla semitransparente de la ironía era posible actuar, vivir.

El día que se compró el Giulietta Sprint fuimos todos a la ventana para verlo arrancar. Debajo de los castaños del Corso Umberto I aún había bancos y el coche oblongo estaba aparcado en un cómodo espacio, rozando el bordillo. Italo alzó los ojos a nuestros gritos, nos hizo una sonrisita entre orgulloso, falso ingenuo y resignado, subió contrito, anduvo manoseando el encendido y partió con un estruendo petulante, nunca se supo si deliberado o debido a simple impericia.

Carlo Fruttero

Nota a la edición italiana original*

Las cartas de Italo Calvino incluidas en este epistolario son 308 [en nuestra edición 270]: una selección considerable y desde luego significativa de las cinco mil que componen el corpus, procedentes de los archivos de la editorial Einaudi, en Turín en su mayor parte, y en Roma en medida bastante más modesta. Estas cartas reflejan un trabajo intenso y una relación que duró treinta y seis años, desde 1947 hasta 1983 (hasta 1981 en el presente volumen).

La relación de Calvino con la editorial Einaudi es al principio irregular y claudica un poco en el 48-49, cuando el escritor, que acaba de publicar *El sendero de los nidos de araña*, asume las tareas de redactor de la página cultural en la edición turinesa del diario comunista *L'Unità*. Pero el vínculo se vuelve orgánico a partir del 10 de enero de 1950, fecha en que se convierte en empleado de la editorial, y varía en escasos momentos cruciales: la asunción de un cargo directivo a partir del 10 de enero de 1955 y las dimisiones del 30 de junio de 1961, sustituidas puntualmente por una relación de trabajo que sigue manteniendo el ritmo de una colaboración bastante estrecha.

* En nuestra edición, a propuesta de Esther Calvino y Aurora Bernárdez, hemos suprimido varias cartas y notas, por ser circunstanciales, y hemos añadido algunas notas aclaratorias que no figuran en la edición italiana. (*N. del E.*)

Pero, poco a poco y cada vez más, la colaboración se va reduciendo sobre todo en función del trabajo y de las orientaciones que alejan al escritor de su habitual residencia de Turín: primero se traslada a París, en julio de 1967, y después a Roma, donde reside desde octubre de 1980 hasta su muerte en Siena, el 19 de septiembre de 1985. De modo que la última empresa einaudiana a la que vinculó orgánicamente su nombre fue la colección «Centopagine» nacida en el 71 con la novela de I. U. Tarcheti, *Fosca*, y terminada en 1983 con una *Una vita londinese* de Henry James.

Calvino escribía a mano el borrador de sus cartas y hacía infinidad de correcciones, cambios, tachaduras, al menos por lo que se puede deducir de los pocos autógrafos que han quedado en las carpetas y sobre todo a través de la memoria de los testigos. Después confiaba la carta a las secretarías para que la dactilografiaran, y por fin la volvía para que la firmase e hiciese alguna corrección o añadido que juzgara necesario. Está de más decir que siempre que ha sido posible, gracias al material disponible y a la atención de los destinatarios o de sus herederos, se ha utilizado el original, pero que las más de las veces nos hemos visto forzados a recurrir al duplicado conservado en los archivos.

Merece la pena señalar que en los casos en que se halló el original –y por tanto fue posible cotejarlo con la copia de archivo– nunca aparecieron discrepancias notables y solo a veces pequeñas correcciones o mínimos añadidos entre líneas, garantizando así su fiabilidad.

No se ha introducido en las cartas ninguna modificación apreciable y se han respetado los hábitos especiales que han de interpretarse como verdaderas características estilísticas, enteramente conformes al tono de una lengua que se atiende a registros expresamente antirretóricos y coloquiales.

Es finalidad de las notas aclarar, toda vez que ha sido posible, las referencias a la carta o a las cartas de los destinatarios; estas reproducen con bastante frecuencia trozos o fragmentos útiles para una mejor comprensión del texto, y en todos los casos sirven para recrear un contexto de réplicas e intercambio. En cuanto al resto, se trata de remisiones bibliográficas esenciales y de sobrias indicaciones a hechos y personas.

Si la tarea, que no era fácil, en cierto modo se ha logrado, mucho se debe a los propios destinatarios de las cartas y a la solicitud de los amigos, ante todo Guido Davico Bonino, que siguió el trabajo con puntuales consejos.

Giovanni Tesio

Los libros de los otros

*... la mayor parte del tiempo de mi vida la
he dedicado a los libros de los otros. Y me
alegro de ello...*

(De una entrevista concedida a Marco d'Eramo,
Mondoperaio, n.º 32, junio de 1979)

1947

A FRANCO VENTURI – ROMA

26 de noviembre de 1947

Querido Venturi:

Me remuerde un poco la conciencia no haberte escrito nunca, pero a través de amigos comunes he tenido siempre noticias tuyas.

Aquí se vive en una atmósfera más tensa, pero con cierta euforia: se incendian sedes qualunquistas¹ y neofascistas, Scelba se apoya abiertamente en los fascistas, hay grandes asambleas de los consejos de administración, la moral de la clase obrera es más alta, las clases medias pasan por un momento de gran incertidumbre, se habla muchísimo de guerra pero en el fondo nadie la cree inminente.

El viejo Einaudi² trata de rebajar los precios pero no lo consigue: nuestro Einaudi³ saca libros a todo trapo, Pavese escribe

¹ Partido populista (del *uomo qualunque*, el hombre común). (*N. de la T.*)

² Luigi Einaudi (1874-1961): vicepresidente del Consejo y ministro del Presupuesto en ese momento, se proponía introducir como medida deflacionista una fuerte reducción del crédito.

³ Giulio Einaudi, editor, hijo de Luigi.

una novela, Natalia⁴, también, Chichino⁵ corrige extasiado las pruebas del nuevo Gramsci y yo también he venido a integrar la gran familia, cumpliendo tareas publicitarias y de redacción⁶.

Quisiera saber muchas cosas de ti: cómo estás y cómo te encuentras, en primer lugar, y todo lo que quieras escribirme, tus impresiones y previsiones. Concretamente, quisiera pedirte esto: me dijo Ugolini⁷ que en la URSS existen varias corrientes literarias y artísticas y que hay vivas polémicas entre ellas. No supo decirme nada más: me habló vagamente de una escuela poética simbolista. ¿Podrías mandarme material sobre esta cuestión? Creo que interesaría mucho aquí, donde se piensa que en Rusia hay solo una estética de Estado, o mejor: solo se conocen las polémicas del «realismo socialista» contra otras corrientes, que por lo tanto se supone que existen pero nadie sabe nada de ellas.

A través de la Asociación Cultural Italo-Rusa estamos en relación con la Unión de Escritores Soviéticos, que ha pedido todas las últimas cosas italianas.

Escríbeme para todo lo que te parezca que pueda serte útil. Te saludo con gran afecto. Tuyo.

⁴ Natalia Ginzburg.

⁵ Felice Balbo (1913-1964). El «nuevo Gramsci» al que se alude, después de las *Lettere dal carcere* (1947), es el de los «Quaderni», de los que está por salir *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce* (1948).

⁶ En aquella época trabajaba como colaborador. En los documentos de archivo aparece como empleado a partir del 1 de enero de 1950.

⁷ Amedeo Ugolini (1896-1954), autor de una novela de ambiente neorrealista, *Uno come gli altri*, Einaudi, Turín 1946.

12 de diciembre de 1947

Querido Vittorini:

Te mando una nota mía sobre Hemingway donde creo que se dice algo que no se había dicho hasta ahora. Cosas que habría que tratar con menos superficialidad, lo sé; hace mucho que quisiera escribir un largo ensayo que partiría del punto central de estas notas, donde se habla de Hemingway, Malraux y Koestler: pero sería más vasto, abarcaría también a Sartre, y quizá también a ti, remontaría más atrás, desde el momento en que empieza a plantearse el problema de la responsabilidad del hombre frente a la Historia, problema que es hoy realmente el nuestro. Y aclarar por este camino los términos «crisis», «decadencia» y «revolución» y llegar a enunciar una moral del compromiso, una libertad en la responsabilidad que me parecen la única moral, la única libertad posibles.

Pero son cosas que tengo que seguir masticando quién sabe cuánto tiempo más. Así como todavía necesito masticar mucho lo que quisiera decir si interviniese en tu Gran Polémica: definir bien todos estos términos: «decadencia», «vanguardia». Pero creo también que terminaría por estar más cerca de Balbo que de ti. Todos tenemos un móvil común, pero no nos rompamos los brazos y las piernas al saltar, consigamos piernas y brazos nuevos. El problema es hacer que nos crezcan otros nuevos, tal vez renunciando a los viejos, transformándolos. Pero tú quizá creas que puedes saltar con los viejos.

Has de tener varios cuentos míos. Trata de decirme lo que piensas aunque los hayas arrojado a la papelera.

Te saludo con afecto.